

CHINA

Esperando a Teng...

TU diriges nuestros asuntos, puedo estar tranquilo". K. S. Karol. No hay lugar en China donde no aparezca esta nota dirigida por Mao a Hua el 30 de abril de 1976, y que legitima en principio el nuevo poder a la vez que intenta tranquilizar a la población. El destino del país, se insiste, está en manos de un dirigente, "dedicado al Partido, desinteresado, franco y recto, modesto y prudente, paciente y determinado, ponderado e intransigente en la lucha".

A pesar de lo cual, el comité central del Partido Comunista Chino todavía no se ha reunido para ratificar su nombramiento. Retraso que no se debería tanto a la precariedad de la posición de Hua cuanto a su dificultad para constituir un equipo dirigente capaz de colmar el vacío creado por el despido de sus "cuatro" adversarios y de sus "cómplices". Además, Hua acumula en su persona las funciones de presidente del Partido Comunista Chino y las de primer ministro, que son, en teoría al menos, imposibles de conciliar. En Pekín se dice que a algunos les gustaría haber nombrado para este segundo cargo a Teng Hsiao-Ping, gestor de gran calidad, mientras que otros piensan, por el contrario, que eso constituiría una violación flagrante de la última voluntad de Mao. Eterno "reaparecido", Teng parece encontrarse una vez más en el centro mismo de la tempestad política china. Los diplomáticos acreditados en China conservan vivo el recuerdo de su anterior "reaparición" con ocasión de un banquete ofrecido en honor del príncipe Sihanuk, el 12 de abril de 1973. Como quiera que nadie los hubiese preparado para aquello, los diplomáticos no supieron bien qué cara poner al ver de pronto cómo Teng Hsiao-Ping, tras un eclipse de siete años, se sentaba en un lugar de honor en la presidencia. Apenas finalizado el banquete, muchos de esos diplomáticos se lanzaron hacia el telex para advertir inmediatamente a sus capitales respectivas. ¿Se había producido algún golpe de Estado? ¿Había muerto Mao? De no ser por alguna circunstancia así, parecía inconcebible la reaparición de Teng.

¿Cuánto mayor no sería entonces el asombro de los chinos que habían participado en la "revolución cultural"? Tampoco ellos habían sido advertidos. Según una versión oficiosa, Mao y Chu habían decidido sorprenderlos así para re-

Mao Tse-tung deseó para conducir a su pueblo un tiro de dos caballos. En el marco del debate abierto en torno a la evolución del régimen chino,

K. S. K. reconstruye e interpreta la compleja historia del conflicto que desde hace varios años se desarrolla en Pekín entre el "hue" y el "día".



Ten Hsiao-Ping, el eterno reaparecido, una vez más en el centro de la tempestad política china.

solver de una vez el problema planteado por la suerte de aquellos mandos contra los que, algunos años antes, los "guardias rojos" habían lanzado "críticas excesivas". Desde la caída de Lin Piao en 1971, muchos de esos mandos habían sido reintegrados en sus

funciones, aunque sin estridencias, casi de modo clandestino. El propio Teng trabajaba desde entonces en la presidencia del Consejo. Era, pues, preciso "regularizar" esa situación y, más que proceder paso a paso, convenía dar un golpe repentino, rehabilitando a Teng, que

había sido, después de Liu Chao-Chi, blanco principal de los guardias rojos.

De hecho, tras la reaparición de Teng, todas las demás aparecieron como secundarias. Mas para demostrar que esa "recuperación" de los mandos no equivalía de ningún

modo a renegar de la "revolución cultural", se lanzó en el mismo momento la gran campaña "Pi Lin, Pi Kong" ("Crítica a Lin Piao, crítica a Confucio"). Si se atribuyen a Lin Piao, posiciones exactamente contrarias a las que siempre había defendido, era para mejor relanzar los

grandes temas antiburocráticos e igualitarios. Participando en esa campaña, los "derechistas" de ayer debían demostrar que ellos también concebían como irreversibles las conquistas de la "revolución cultural".

En agosto de 1973, en el momento en que la batalla contra Lin y Confucio alcanzaba su punto culminante, el X Congreso del PCCH procedió a la renovación del grupo dirigente. Se produjo entonces el ingreso, muy comentado, de Wang Hung-Wen, treinta y siete años, obrero textil y fundador en 1966 del "primer cuartel general de los rebeldes revolucionarios", en Shanghai; Li Te-Cheng, cincuenta y cinco años, uno de los más jóvenes veteranos de la Larga Marcha, convertido en jefe de los servicios políticos gracias a la "revolución cultural" (muy ligada, según parece a la esposa de Mao, Chiang Ching), y, por último, Chang Chun-Chiao.

Este último, un intelectual de sesenta y cinco años, había desempeñado un papel fundamental durante el invierno de 1966-67, cuando la toma del poder en Shanghai por los "rebeldes" de Wang Hung-Wen. El mismo se había contado personalmente al economista Joan Robinson, a quien se presentó como un revolucionario intransigente, sí, pero también con un mediador preocupado por evitar las divisiones en el seno de las masas y de relanzar cuanto antes la producción. De hecho, hacia el fin de la "revolución cultural", mientras que todas las ciudades y provincias eran dirigidas por militares, Shanghai era la única que poseía un comité revolucionario con una gran mayoría de civiles, presidido por Chang Chung-Chiao. Es decir, que a la hora de la verdad, ese "ideólogo" demostró ser un organizador de envergadura y un hombre de acción.

Ahora bien, la jerarquía montada con ocasión del X Congreso no duró más que unos pocos meses. A partir del mes de enero de 1975, la segunda sesión del comité central lo trastocó totalmente para colocar en la cúspide a Teng Hsiao-Ping y a Chang Chun-Chiao, que pasaron a ocupar cargos equivalentes en la práctica a la cabeza del Partido, del Gobierno e incluso del Ejército; ese tándem constituía una especie de dirección bicéfala que debía preparar el "después de Chu" y el "después de Mao".

¿Estaba dictada tal solución por

K. S. Karol



Las diferencias de ingresos entre las distintas comunas agrícolas agrava "las tendencias espontáneas hacia el capitalismo"

la precariedad de la relación de fuerzas entre dos corrientes opuestas del PCCH (una, representada por Teng, "blanco", y otra, por Chang, "promotor" de la "revolución cultural") o expresaba la voluntad de resolver finalmente al nivel más elevado un conflicto interno que llevaba diez años trastornando al país? Después de todo, a pesar de la mala reputación que los guardias rojos han creado en torno suyo, Teng Hsiao-Ping no se parece en nada a un Jruschev chino: gestor brillante, nunca ha sido pro-so-



Hua Kuo-Feng ha ganado una batalla, pero ¿se puede decir que haya ganado la guerra?

viético e incluso ha atacado violentamente el modelo "jruscheviano" de la URSS. En cuanto a Chang Chun-Chiao, ya lo hemos visto, sus opciones radicales se conjugaban tan bien con un espíritu práctico que le había permitido gobernar Shanghai, la ciudad más explosiva de China. Se podía pensar, pues, que esos dos hombres iban a entenderse y equilibrarse mutuamente conforme a la visión dinámica que había tenido siempre Mao del ejercicio del poder.

Tal fue en cualquier caso la solución defendida por Chu En-lai hasta su muerte. Afectado de cáncer desde 1972, hospitalizado a partir de 1974, se empeñó en asistir a la sesión de enero de 1975 en la que se instaló el equipo Teng-Chang. Unos días más tarde, en su último discurso, pronunciado ante la Asamblea popular nacional, Chu En-lai se refirió a una instrucción que le había dado Mao en 1964 (pero de la que nadie hasta aquel momento había oído hablar): "Es preciso transformar a China, antes de que acabe el siglo, en un poderoso Estado socialista moderno, capaz de figurar entre las primeras potencias del mundo".

Consecuentemente se invitaba al nuevo equipo a preparar el plan quinquenal para 1976-1980, más otro, a largo plazo, para proceder a

cuatro modernizaciones: de la agricultura, la industria, la defensa nacional y la investigación científica. Todas las resoluciones se adoptaron en nombre de Mao (como ocurrió con el reconocimiento del derecho de huelga, presentado por Chang Chun-Chiao), pero éste no estaba presente ni en la reunión del comité central ni en la de la Asamblea. Ninguna explicación verosímil se dio de aquella ausencia, que no tenía, sin embargo, precedente. Mao no estaba enfermo, porque había recibido por aquel entonces a Dom Mintoff, primer ministro de Malta, y Franz-Joset Strauss. ¿Se había visto obligado a quedarse en el Sur debido a los rigores del invierno? Pero el comité central había podido reunirse también en el Sur, como tantas otras veces.

Tal vez Mao se limitó a avalar "la operación tándem", sin confiar demasiado en ella. De todas formas, la igualdad formal entre Teng y Chang no podía mantenerse mucho tiempo: Chu estaba ya al borde de la muerte y uno u otro tenían que ocupar su puesto. Ahora bien, el año 1975, lejos de consolidar su colaboración, puso más bien de relieve lo que los separaba. Ese año estuvo marcado por tres acontecimientos (huelgas en Hangtcheu, conferencia sobre la agricultura, nuevo debate en torno

a la Universidad), y en cada una de estas ocasiones, en el seno del Partido, se produjo un enfrentamiento si no de "dos líneas" —porque conviene no olvidar que estamos siempre dentro del mismo modelo—, al menos de dos concepciones distintas en cuanto a la amplitud de los cambios necesarios y a los plazos en los que debían realizarse estos cambios: dos ideas del Estado y de la sociedad.

"El ejemplo de Tachai"

La prensa china habló poco —y tarde— de las huelgas que tuvieron lugar en Hang-Tcheu en la primavera de 1975. Tan sólo después de que hubiera acabado el conflicto se publicó un artículo —el 14 de julio exactamente—, en el que se deploraba "la persistencia del fraccionismo burgués entre los obreros". Teng Hsiao-Ping llegó más lejos en unas declaraciones al "Christian Science Monitor": "Algunas reivindicaciones obreras eran razonables y racionales —declaró—, pero han sido aprovechadas por ciertos elementos nocivos para armar líos en las fábricas".

Por su parte, Chang Chun-Chiao publicó, en el momento mismo de la huelga, un texto en el que subrayaba dos cosas: primero, que era imposible abolir en China desde el primer momento las diferencias salariales y el sistema de intercambio desigual; en segundo lugar, que de ahí se derivaba necesariamente la formación de nuevas estratificaciones sociales, así como un "espíritu corporatista" de los obreros mejor pagados. El peligro de una recaída en el capitalismo vendría, pues, de esas relaciones sociales, "no socialistas". ¿Cómo frenar tal desviación? Chang Chun-Chiao no desea una nueva revolución cultural —crítica incluso a los demagogos que pretenden desencadenar "el viento de la comunización"—, pero denuncia la "descarada" corrupción de ciertos mandos "atraldos por la añagaza del dinero", y hace hincapié en los peligros de una gestión rutinaria y "moderada", que no tiene en cuenta los efectos nefastos que entraña la persistencia de las desigualdades. Es una seria advertencia a los "gestores" del Partido.

El segundo acontecimiento, la conferencia sobre la agricultura, plantea el mismo problema en el sector rural. "Mientras nuestras comunas no tengan gran cosa que poner en común —escribió en abril Chang Chun-Chiao—, habremos de mantener el sistema mercantil en el campo". En septiembre, los dirigentes nacionales, reunidos en Tachai, reconocían que las diferencias de ingresos entre distintas comunas y en el interior de éstas eran mayores que las existentes en el sector industrial, y que ello agravaba "las tendencias espontáneas hacia el capitalismo". Pero a la ho-

GG

Colección Punto y Línea

Novedad
Enero

Christopher Alexander et al.

Urbanismo
y participación

Títulos publicados

Herbert I. Schiller

Comunicación de masas
e imperialismo yanqui
Págs. 178 Ptas. 190,-

Francesco Poli

Producción artística y mercado
Págs. 142 Ptas. 160,-

Aldo Rossi

La arquitectura de la ciudad
Págs. 240 Ptas. 240,-

Furio Colombo

Televisión: La realidad como
espectáculo
Págs. 108 Ptas. 130,-

Renato De Fusco

La idea de Arquitectura
Págs. 240 Ptas. 240,-

Gisèle Freund

La fotografía como documento
social
Págs. 208 Ptas. 220,-

John Heartfield

Guerra en la Paz
Págs. 154 Ptas. 200,-

Colección Comunicación Visual

Últimos títulos publicados

Rudolf Arnheim

El «Guernica» de Picasso
Génesis de una pintura
Ptas. 390,-

Anton Ehrenzweig

Psicoanálisis de la percepción
artística
Ptas. 490,-

Paul Maenz

Art Déco: 1920-1940
Ptas. 540,-

Editorial
Gustavo Gili, S. A.

Esperando a Teng...

ra de indicar los remedios, no lo-
grarían ponerse de acuerdo. Al pa-
recer, Teng Hsiao-Ping propuso so-
luciones técnicas, mientras que la
señora Chiang Ching se pronunció,
por el contrario, a favor de una ace-
leración de los trastornos sociales:
según se dice hoy, la esposa de
Mao consideraba "demasiado tímido"
e incluso "revisionista", el
"ejemplo de Tachai". Fue Hua
Kuo-Feng quien por vez primera
terció en la disputa, colocándose
de esa suerte en el primer plano de
la escena política nacional.

Hoy se examinan con lupa los
discursos de clausura de la confe-
rencia que pronunció Hua Kuo-
Feng, el 15 de octubre de 1975. En
ella, Hua se muestra ciertamente
preocupado por la situación en el
campo, pero se niega a preconizar
cualquier "salto al frente". Des-
pués de doce años de propaganda
a favor del "ejemplo de Tachai",
tan sólo trescientos distritos de un
total de más de dos mil han adop-
tado, según él, los métodos de esa
brigada vanguardista. Los demás,
"ni siquiera se han puesto en movi-
miento". He ahí la prueba de que
es difícil inculcarles a los campesi-
nos el espíritu colectivista. Hua está
tan persuadido de ello que pro-
pone seguir adelante sin prisa, pero
también sin pausa, sin violentar a
los cuadros, aun cuando éstos se
muestren débiles, desunidos y pe-
rezosos". "Debemos mantener
—dice— una estabilidad relativa de
los cuadros de base, porque cono-
cen la situación local y no son ne-
cesarios para planificar y organizar
el trabajo", aunque hay que tratar
de mejorarlos "a través de la per-
suasión, la educación, la crítica y la
autocrítica".

Más claro y violento todavía re-
sulta el debate en torno a la Uni-
versidad, tercer punto polémico
discutido en 1975. El debate sobre
la Universidad se presenta todavía
con mayor claridad y violencia. Lo
provocan, en noviembre de 1975,
dos cartas enviadas a Mao los días
13 de agosto y 3 de septiembre
por cuatro dirigentes de la Uni-
versidad Tsing-Hua, de Pekín (entre
ellos, el antiguo rector rehabilitado,
Liu Ping). Mao las reenvió dos me-
ses más tarde a Tsing-Hua para
que se "debatiesen entre todos los
interesados". Son textos razona-
bles en tanto en cuanto sus autores
se limitan a lamentar la falta de in-
terés de los estudiantes por la in-
vestigación pura y por los estudios
en general. Pero los autores exa-
gran cuando denuncian a los "iz-
quierdistas", responsables a sus
ojos del catastrófico descenso de
calidad en la enseñanza, con lo que
revelan su hostilidad hacia la "re-
volución cultural". A partir del 18
de noviembre, las Universidades
aparecen empapeladas de dazl-



Los "cuatro" expusieron con claridad los peligros que podía traer para la sociedad china una estabilización. En la foto, muñecos que ridiculizan a los disidentes colocados en la plaza de Tienamen, en Pekín.

bas que los denuncian, a ellos y a
los inspiradores del Ministerio de la
Educación, colaboradores todos
ellos de Teng Hsiao-Ping y ex "re-
habilitados" como él.

Teng es acusado implícitamente
de haber violado el contrato que
garantizaba los logros de la "revo-
lución cultural". En diciembre, se-
gún el "New York Times", Mao ex-
plicó en privado a Kissinger que la
posición del viceprimer ministro no
estaba amenazada. Sin embargo,
el simple hecho de que se men-
cionase aquello y a tan alto nivel,
parece demostrar más bien lo con-
trario.

La burguesía, dentro del Partido

Hang-Tcheu, Tachai y la Uni-
versidad —es decir, la industria, la
agricultura y la enseñanza—, son
los tres ejes del desarrollo, y, en ca-
da uno de ellos, defiende una alter-
nativa distinta cada una de las dos
corrientes del PCCH. Ahora bien, la
muerte de Chu En-lai, ocurrida en
enero de 1976, pone fin a tan pre-
cario equilibrio. Y el 7 de febrero el
mundo se entera de que el primer
ministro Interino no es ni Teng ni
Chang, sino Hua Kuo-Feng. Mao
ha arbitrado evidentemente a favor
de ese tercer hombre, menos com-
prometido en las batallas preceden-
tes. A partir de ese momento,
Teng es objeto de todo tipo de acu-

saciones en los dazibaos, mientras
que la prensa ensalza la "revolu-
ción cultural", publicando dos poe-
mas escritos en 1965, y en uno de
los cuales se dice: "Sin rugidos del
viento y sin truenos, sin ondear de
banderas y estandartes", no se po-
drá avanzar.

Posteriormente, después del 16
de febrero, se difunden con publi-
cidad varias citas nuevas de Mao, di-
rigidas evidentemente a Teng, aun-
que sin nombrarle. Se le acusa de
haber "dividido sin escrúpulos al
comité central", y haber "tratado
de trastocar los veredictos de la
"revolución cultural", y fingido no
saber dónde se encontraba la bur-
guesía, cuando es evidente que ésta
se oculta "en el seno mismo del
Partido Comunista". Finalmente, el
28 de marzo, la última cita no deja
ya lugar a dudas: el dirigente ata-
cado es precisamente Teng Hsiao-
Ping, "esa persona que no es capaz
de distinguir un gato blanco de un
gato negro, y no comprende la di-
ferencia entre el "imperialismo y el
marxismo". Pues bien, la vieja bou-
tade, "carente de principios", que
dice así: "Poco importa que un ga-
to sea blanco o negro; si caza rato-
nes, ya es buen gato", se ha con-
vertido, según los guardias rojos,
en lema de Teng Hsiao-Ping.

Claramente, son Chang Chun-
Chi y su amigo los animadores de
esta campaña, con la que se ven-
gan cruelmente de quien, unos me-
ses antes, los había convertido, a

su vez, en blanco de sus críticas. Ahora ellos publican extractos de diferentes documentos escritos por Teng en 1975, y en los que éste acusaba a Lin Piao no de inclinaciones confucianas (tal y como exigían las normas de la campaña "Pi Lin, Pi Kong"), sino de ser un "radical", un "voluntarista" que, en nombre de la revolución, distrajo al pueblo de la producción. Sus "herederos", según Teng, son de la misma ralea.

Sin embargo, la campaña anti-Teng produce efectos más bien extraños e incluso inéditos en China. Varias emisoras de radio ponen en guardia a la población contra quienes difunden un "falso testamento de Chu En-lai". En Pekín, incluso parece que circulan varias versiones, mientras que corren rumores sobre el malestar de gran número de cuadros. Che Yung-Kuei, vicepresidente y dirigente de Tachai, parece haber vuelto asqueado a su brigada. Yey Chen-Ying y Li hsien-Nien, dos pilares del Partido, parece que boicotearon varias ceremonias oficiales.

No obstante, cuando ese descontento se traduce, el 5 de abril, en una manifestación en la plaza Tien-An-Men, de los supuestos partidarios de Chu En-lai, el grupo dirigente reacciona de modo inmediato como para demostrar que la sucesión de Chu se ha resuelto de una vez por todas: Hua es primer ministro y Teng ha quedado definitivamente fuera de juego. ¿Quién hubiera creído entonces que podía volver una vez más al poder?

Y, sin embargo, de eso se discute hoy precisamente, incluso en los círculos próximos a Hua. Y este viraje no se explica por una nueva interpretación de las "directrices" de Mao, relativas a Teng (ya que no se prestaban a ningún malentendido), sino más bien, porque el nuevo presidente ha optado por una línea moderada, la practicada en China antes de la "revolución cultural". La versión actual, según la cual, Chang Chun-Chiao y la viuda de Mao, Chiang Ching, "tergiversaron" las citas de Mao para conspirar y "atacar a los cuadros a todos los niveles", es poco verosímil. Los "cuatro" actuaron sin tapujos, dijeron y escribieron abiertamente lo que pensaban de los peligros que para la sociedad china podía entrañar una estabilización centrada en el productivismo. Sus propuestas constituían tal vez un elemento de discordia en el Partido, pura y simplemente porque toda politización divide a la gente y amenaza el orden establecido.

Deteniendo a los "cuatro", Hua ganó una batalla. Se libró de los contestarios que le habían facilitado el ascenso al poder, pero que se hablan convertido en un obstáculo para su ejercicio. Ganó, sí, una batalla, pero, ¿puede decirse que haya ganado la guerra? Es demasiado pronto para contestar a esta pregunta, sobre todo porque no se sabe todavía si es él el auténtico vencedor. Tal vez sólo prepara la vuelta de Teng Hsiao-Ping. A finales de 1976, Hua publicó con motivo del aniversario de Mao, su famoso dis-



Industria, enseñanza y agricultura son los tres ejes del desarrollo chino.

curso sobre "las diez grandes relaciones", que fue, desde finales de la década de los cincuenta, la carta del modelo maoísta de desarrollo. Se trata de algo muy significativo, por cuanto supone una especie de prueba suministrada por Hua de su voluntad de seguir la vía trazada por Mao y mantener la originalidad de la revolución china. Pero hemos visto que habla distintos modos de avanzar por esa vía. Si se trata de potenciar un desarrollo relativamente armónico, bajo la égida de un Partido "bien intencionado",

que no se preocupa demasiado de la existencia de una "burguesía en su seno", no se ve razón alguna para no recurrir a Teng Hsiao-Ping. Este tiene más experiencia que Hua, una fuerte personalidad y una voluntad a toda prueba que le ha permitido incluso no someterse a las autocríticas.

Una herencia amenazante

No obstante, el alcance real de la victoria de Hua dependerá de las consecuencias que tenga su política. Para enlazar con la pregunta planteada por Chang Chun-Chiao, en abril de 1975, ¿hasta dónde se puede gobernar a China "moderadamente", "sin prisas" y "según los principios definidos antaño" (quiere decirse antes, la tempestad de la "revolución cultural") sin verse arrastrados inexorablemente hacia atrás por los fenómenos heredados del pasado, las antiguas relaciones sociales y la pobreza? Marchar a contracorriente, como siempre recomendó Mao, atacar sin descanso esa herencia amenazante, tal vez equivalga a sembrar la discordia y caer en el "voluntarismo", pero, ¿no es también la condición ineludible para evitar que la sociedad llegue a apartarse del socialismo?

Desde mediados de la década de los sesenta ha habido división e incluso desgarramiento dentro del grupo dirigente chino al tratar estos problemas. Estudiándolos, es posible calibrar el triunfo o el fracaso del propio Mao, que ha rechazado las reglas de los países llamados socialistas y ha comprendido que éstos se encontraban en un callejón sin salida. Pero, en su propio sistema, principios tales como "hacer la revolución y fomentar la producción", "ser rojo y experto", en lugar de complementarse, parecen contradecirse. Cuando se expresan las masas, no hacen más que reflejar esa oposición, así como el retraso y la fragmentación del cuerpo social.

Se puede, más aún, se debe criticar las opciones del PCCH y criticar sus métodos. Pero a condición de comprender la complejidad de la batalla en que está comprometido y la importancia para el mundo de la apuesta. Se comprenderá, al mismo tiempo, a pesar de que nuestras condiciones sean distintas, en qué "impasse" nos hallamos nosotros mismos. ¿No tenemos también nosotros en Europa, desde 1968, una nueva izquierda "denunciante" que se aísla "extremándose", y una vieja izquierda "moderada" que, para tranquilizarse, no se limita a prometer una mejor gestión de nuestras sociedades en crisis? Nuestras incertidumbres deberían, por lo menos, incitarnos a considerar sin suficiencia las dificultades de los chinos. ■ K. S. KAROL (Copyright "Le Nouvel Observateur").



La muerte de Chu En-lai en enero de 1976 pone fin al precario equilibrio entre las dos corrientes del Partido Comunista chino. En la foto, actos conmemorativos del primer aniversario de su muerte, en Pekín.